

LA FRAGMENTACIÓN INTERNACIONAL DE LA SUBJETIVIDAD PRODUCTIVA DE LA CLASE OBRERA

Juan Iñigo Carrera

jinigo@inscri.org.ar

Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP)

Lavalle 391 – Psio 1^{ero} – Departamento D – Ciudad de Buenos Aires – C1047AAG

1. Población y empleo en la Argentina

Desde 1960, la población argentina crece a una tasa cada vez más baja. Hasta mediados de los 70, la demanda de fuerza de trabajo acompañaba este crecimiento. Pero, a partir de entonces, el empleo ha tendido a crecer en una proporción sustancialmente menor. De 1974 a 2004, la población creció un 46% mientras que el empleo apenas lo hizo en un 34%¹. De ahí el monstruoso aumento del desempleo, del 4,2% al 18.7% de la PEA.

Según la teoría marginalista -que domina la formación de los economistas tanto en Argentina como en el mundo, y que es utilizada como fundamento de las políticas de empleo²- el desempleo es, ante todo, expresión de la maximización del “bienestar” del obrero por la mayor utilidad marginal que tiene para él el “ocio” respecto del ingreso que obtendría trabajando. Lo burdo de esta afirmación canallesca frente al nivel de desempleo actual, hace que la economía marginalista recurra a una segunda explicación del desempleo: los desempleados estarían dispuestos a trabajar a un salario menor al existente, pero la acción de los sindicatos y el estado impide esta baja. Luego, el desempleo viene a ser el resultado de una decisión política de los trabajadores.

Veamos, entonces, cómo evolucionó el salario real en la Argentina al compás de la expansión del desempleo. Por cierto, el salario creció en 2004. Gracias a este incremento, el salario real de los trabajadores industriales en blanco recuperó el nivel de 1997. Lo cual

¹ Por la metodología de cómputo y las fuentes de los datos que no tienen referencias específicas en el presente trabajo, ver Iñigo Carrera, Juan, “Estancamiento, crisis y deuda externa: evidencias de la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina”, *Ciclos*, N° 23, 1^{er} semestre de 2002.

² Por ejemplo, que el salario sólo puede aumentar si aumenta la productividad del trabajo en tanto “factor de producción”, siendo injustificado que lo haga frente a un aumento en la “productividad” del “factor capital”, o sea, dicho en la realidad del lenguaje corriente, frente a un aumento de la ganancia.

quiere decir que se ha ubicado un 47% por debajo del poder adquisitivo que tenía en 1974. Sí, ha logrado equivaler, por fin, a ... la mitad de lo que era hace treinta años. Peor aún le fue al salario promedio de la economía: en 2004 le faltaba más de un 15% para volver al nivel de 1997.

Este es el cuadro que enfrenta la acción política de la clase obrera argentina. Pero no es posible dar cuenta de las formas concretas que puede tomar esta acción, simplemente deteniéndose en él. Es necesario remontarse a las determinaciones más simples del empleo en la sociedad actual, es decir, en el modo de producción capitalista.

2. La materialidad del proceso de producción y la subjetividad productiva del obrero

En el modo de producción capitalista, la producción material no tiene por objeto inmediato la obtención de valores de uso. Tiene por objeto la producción en escala ampliada de la relación social general materializada que se ha erigido en el sujeto de la producción y el consumo sociales mismos, o sea, del capital. Al encontrarse así regido, el proceso material de producción se ve sometido a la constante revolución de sus condiciones técnicas. Esta constante revolución va en pos del aumento de la capacidad productiva del trabajo portador de la producción de plusvalía relativa.

En este desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, el capitalismo transforma los atributos productivos del trabajo humano de un modo que le es históricamente específico y que determina su misma razón histórica de existir. Esto es, transforma las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza. Claro está que realiza esta transformación en tanto la organización consciente es, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de realizarse su opuesto. O sea, en tanto es la forma concreta necesaria de realizarse la enajenación de las potencias productivas del trabajo humano como atributo de su propio producto material convertido en portador de la relación social general.

El sistema de la maquinaria es la forma material del proceso de producción que desarrolla de manera plena la transformación de las potencias productivas del obrero libre individual en potencias productivas del obrero colectivo capaz de organizar conscientemente su propio proceso de trabajo, regida por la producción de plusvalía relativa. Esta transformación no brota simplemente del carácter de proceso necesariamente colectivo en gran escala que tiene el trabajo en la gran industria maquinizada. Brota de la transformación

que sufre la materialidad misma del trabajo en ella. El trabajo va dejando de consistir en la aplicación consciente y voluntaria de la fuerza de trabajo sobre la herramienta a fin de hacer actuar a ésta sobre el objeto para transformarlo en un valor de uso. En cambio, va tendiendo a consistir en la aplicación de la fuerza de trabajo al control científico de las fuerzas naturales, objetivando al objetivando este control en la maquinaria, de modo de descargar automáticamente esas fuerzas naturales sobre la herramienta a fin de hacer actuar a ésta sobre el objeto para transformarlo en un valor de uso.

A través de la producción de plusvalía relativa, los obreros se encuentran realmente subsumidos en el capital³. Aun como clase obrera, son atributo del capital⁴, que los produce y reproduce como seres humanos, o sea, como poseedores de conciencia⁵. El capital rige hasta la ley de su reproducción biológica⁶.

Al revolucionar la materialidad del proceso de trabajo mediante el desarrollo de la maquinaria en la gran industria, la acumulación determina los atributos del obrero como sujeto del proceso de trabajo, esto es, su subjetividad productiva, de tres modos.

En primer lugar, el sistema de la maquinaria degrada la subjetividad productiva del obrero que adquiere y aplica su pericia manual en el proceso directo de producción. Lo convierte en un apéndice de la maquinaria. Con lo cual, su trabajo se ve constantemente descalificado, despojado de todo contenido más allá de la repetición mecánica de una tarea cada vez más simple. Con cada salto adelante que pega el capital en el proceso de apropiarse de las fuerzas naturales, es decir, con cada salto adelante dado por la capacidad productiva del trabajo mediante el desarrollo de la maquinaria, el capital saca del proceso directo de producción a masas enteras de este tipo de obrero. Y hace otro tanto con el obrero de la manufactura. Reemplaza lo que era la intervención de la subjetividad habilidosa de ambos en el proceso directo de producción, por la habilidad objetivada en una máquina. Así y todo, a la par que expulsa este tipo de trabajo vivo al reemplazarlo por trabajo muerto, el mismo salto genera una multitud de espacios nuevos para su explotación. Estos brotan, precisamente, en base a haberse dado un paso más en la degradación de los atributos productivos de los dos tipos de obrero en cuestión.

³ Marx, Carlos, *El capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1973., pp. 426-27.

⁴ Marx, Carlos, *op. cit.*, p. 482.

⁵ Marx, Carlos, *op. cit.*, p. 487.

⁶ Marx, Carlos, *op. cit.*, pp. 534 y 544.

En segundo lugar, la extracción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria transforma a una porción creciente de la población obrera en sobrante para las necesidades del capital. Esta determinación presenta cuatro grados: la superpoblación obrera flotante, que entra y sale de producción al ritmo de la acumulación, y que ésta requiere para fluir de manera regular en un nivel que, hoy día, se considera no puede bajar del 4-5% de la oferta de trabajo; la superpoblación obrera latente, que ha sido expulsada de producciones localizadas en áreas especializadas (agricultura, minería, pesca, etc.) y que para poder entrar en producción nuevamente debe migrar hacia un centro industrial; la superpoblación obrera estancada en esta condición, que sólo puede vender su fuerza de trabajo si lo hace por debajo de su valor y, por lo tanto, sin poder reproducirla; y la superpoblación obrera que se encuentra consolidada en esta condición, que ya no encuentra comprador para su fuerza de trabajo a ningún precio. El capital es la relación social general de la población obrera, es decir, la relación general en que la clase obrera entra para reproducir su vida natural. De modo que ser transformado en sobrante para el capital significa verse privado del ejercicio de la capacidad para reproducir la propia vida natural. El capital arranca así a la superpoblación obrera hasta el último rastro de subjetividad productiva, reduciéndola a la condición de vida animal: sólo puede consumir si en su medio encuentra qué consumir, ya que el capital la ha privado de la posibilidad de participar en el proceso propiamente humano del trabajo productivo social.

En tercer lugar, el capital necesita desarrollar la subjetividad productiva de la porción de la clase obrera cuya participación en el obrero colectivo corresponde al desarrollo de la capacidad de éste para avanzar en el control universal de las fuerzas naturales y en el control consciente del propio carácter colectivo de su trabajo. No basta para desarrollar esta subjetividad con su mero ejercicio en el proceso de producción mismo. La conciencia productiva que rige la actividad del obrero colectivo del sistema de la maquinaria interviene en el proceso directo de producción como un atributo objetivado en la maquinaria y, por lo tanto, como el producto ella misma de una conciencia científica. Y el desarrollo de esta conciencia científica es precisamente lo que tiene a su cargo aportar, al obrero colectivo, la porción de éste que actúa como su órgano de desarrollo de su capacidad para controlar las fuerzas naturales a aplicar en la producción directa. Considerado en sí, el desarrollo de esta subjetividad productiva expresa la tendencia general del desarrollo históricamente específico de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero esto no quiere decir que el capital avance simplemente en él. Por el contrario, el capital mismo contrarresta constantemente su propia tendencia histórica general, convirtiendo cada avance

en el control sobre las fuerzas naturales en un atributo objetivado en la maquinaria, de modo de simplificar el trabajo, no ya simplemente manual sino también intelectual, que lo ejerce.

Una diferenciación similar tiene lugar respecto de la subjetividad aplicada a la circulación del capital por los obreros improductivos. De aquí en más se entiende que, cuando nos referimos a la subjetividad productiva, *mutatis mutandi* abarcamos también a esta otra subjetividad del obrero subsumido en el capital, salvo indicación en contrario.

3. La acumulación bajo su forma nacional clásica

La acumulación de capital es un proceso mundial por su contenido, pero nacional por su forma. Empecemos por considerar los países en donde la acumulación de capital presenta la forma nacional concreta que más inmediatamente refleja la unidad de sus determinaciones esenciales. Cosa que hace al abarcar la producción de la generalidad de las mercancías por capitales que tienen la magnitud necesaria para participar en la formación de la tasa general de ganancia compitiendo en el mercado mundial. Nos referimos específicamente a los países de Europa Occidental y a los Estados Unidos de América (de aquí en adelante, “países clásicos”). Desde el siglo XIX y durante los tres primeros cuartos del siglo XX, la acumulación de capital presenta en ellos una tendencia notable respecto de la reproducción -y por lo tanto explotación- de la fuerza de trabajo. La de subjetividad productiva en degradación y la de subjetividad productiva en expansión tendieron a ser reproducidas de manera conjunta y en condiciones relativamente indiferenciadas. Esta unidad tuvo una primera base técnica.

Los obreros de subjetividad productiva degradada no tienen oportunidad de desarrollar pericia alguna dentro de sus procesos de trabajo. Sin embargo, cuanto más complejo se hace el proceso de producción colectivo en que se encuentra inmerso el trabajo individualmente simplificado, más se necesita para realizarlo del uso de una aptitud productiva universal cuyo desarrollo trasciende del mero ejercicio de ese trabajo individual. De igual modo, estos obreros deben ser capaces de adaptarse a cualquier maquinaria que el cambio técnico constante les ponga delante. Por lo tanto, el capital necesita producirlos como obreros universales antes de que entren en producción, por más degradada que vaya a ser su participación en ella. Y este proceso de formación previa tiende a extenderse en razón inversa a la posibilidad de desarrollar una pericia productiva particular en el ejercicio mismo del trabajo y en razón directa a la velocidad con que el obrero se ve empujado por el capital de una tarea a otra. Al mismo tiempo, la intensidad que impone a su trabajo la subordinación al

ritmo de la maquinaria y la división manufacturera del trabajo científicamente perfeccionada requieren el acortamiento de su jornada de trabajo.

Por su parte, la producción y reproducción de la fuerza de trabajo portadora de la subjetividad expandida tiene en su base la producción de una conciencia productiva científicamente estructurada. Por lo tanto, tiene en su base la expansión de la universalidad de los atributos productivos del obrero. Este tipo de obrero debe pasar por un período de formación científica universal y particular de su fuerza de trabajo cada vez más largo antes de encontrarse en condiciones de entrar en producción. Así y todo, esta fuerza de trabajo recién alcanza su plenitud productiva después de varios años de ser efectivamente aplicada. El capital va necesitando, entonces, extender la vida útil del obrero, de modo de prorratear el costo de su producción y explotar plenamente su aptitud para el trabajo complejo.

A su vez, las condiciones de los procesos de trabajo y consumo individual necesarias para extender la vida útil del obrero, llevan consigo la extensión de su vida natural más allá del agotamiento de su aptitud productiva. Al mismo tiempo, al capital le resulta muy costoso que el obrero pierda prematuramente su aptitud productiva, ya sea por enfermedad o por encontrarse circunstancialmente desocupado por los avatares de la acumulación. De modo que el valor de su fuerza de trabajo también incluye la jubilación, la cobertura médica y la cobertura por desempleo.

Pero para producir y reproducir la subjetividad productiva expandida no basta con cubrir el consumo de la misma cantidad y calidad de valores de uso que antes, pero por un tiempo de vida que incluye un mayor período durante el cual el obrero no está produciendo. Su desarrollo no reside en la multiplicación de la pericia manual o la fuerza física del obrero. Conciérne, ante todo, al desarrollo de la conciencia productiva del obrero. En esencia, se trata de desarrollar la capacidad para tomar decisiones productivas por sí en nombre del capital (aunque este desarrollo siempre está sujeto a la contradicción que encierra la constante simplificación del trabajo al enajenarse sus potencias como atributos del capital materializado en la maquinaria). El consumo de valores de uso que corresponde a la reproducción de esta fuerza de trabajo se encuentra cualitativa y cuantitativamente determinado en consecuencia. Por su parte, la intensidad del trabajo gira en torno de la capacidad para fijar la atención en el proceso de decidir productivamente. Lo cual requiere una jornada de trabajo más corta.

Los atributos materiales de su trabajo y de su consumo individual confluyen en reforzar, en la conciencia de este tipo de obrero, la apariencia de ser un individuo libre, no un trabajador forzado para el capital total de la sociedad. Tan es así que, cuanto más desarrolla

este obrero su subjetividad productiva, más difícil le resulta reconocerse como lo que es, a saber, un miembro de la clase obrera.

En resumen, pese a basarse en la divergencia de sus subjetividades productivas, la reproducción de los dos tipos de obrero en activo converge hacia un cierto grado de universalidad relativamente común dentro de los países en cuestión. El desarrollo de esta universalidad se refleja sobre la reproducción biológica de la población obrera, haciendo caer la tasa de natalidad. Esta caída va acompañada por un ritmo en la acumulación de capital, un ritmo en el cambio en la composición técnica de éste, un acortamiento de la jornada de trabajo, una emigración masiva de la población sobrante y matanzas periódicas mediante la guerra, que en conjunto acaban dando una apariencia peculiar a la formación local de la superpoblación obrera. Esta parece no pasar masivamente de la condición de flotante. Y, como ya vimos, el capital social necesita en este caso mantenerle su subjetividad productiva para cuando vuelva a requerirla en activo. Llega así a crearse la ilusión de que la acumulación capitalista se ha liberado de su ley general, a saber, de la ley por la cual la acumulación de riqueza social en el polo del capital es una acumulación de miseria y degradación crecientes en el polo de la clase que produce esa riqueza con su trabajo.

En las condiciones vistas hasta aquí, al capital social le resulta más barato tomar directamente en sus manos la producción relativamente indiferenciada y masiva de la clase obrera que abarca las dos subjetividades productivas contrapuestas. Esta producción pasa a estar a cargo del representante político general del capital social de los países en cuestión, o sea, de los respectivos estados nacionales. La producción relativamente universal de la clase obrera nacional cobra así una expresión específica, a saber, la de educación pública, salud pública, jubilación pública, seguro de desempleo público, planes públicos de vivienda, transporte público, servicios públicos, recreación pública, etc. De modo que la transformación en las condiciones de reproducción de los obreros alcanza individualmente a éstos bajo la forma concreta de la expansión de sus derechos igualitarios como ciudadanos del estado nacional, conquistada necesariamente mediante el avance de la acción política de la clase obrera en su lucha contra la burguesía. Lo que la clase obrera paga con su propio trabajo para reproducirse como fuerza de trabajo forzada para el capital, y cuyo logro le cuesta sangre y cárcel a cada paso, aparece entonces ideológicamente invertido. Se lo presenta como las “concesiones” graciosamente otorgadas en su abstracto beneficio por el “estado de bienestar”.

Tomemos tres índices de la transformación experimentada en los atributos productivos del obrero promedio requerido por el capital con el desarrollo de la gran industria entre 1820 y 1973, en Estados Unidos y el Reino Unido. En 1820, el obrero promedio inglés trabajaba

3750 horas en el año, tenía 2 años de escolaridad promedio y percibía un salario real horario que tomamos como base; en 1973, trabajaba 1690 horas, tenía 9 años de escolaridad y su salario real horario se había multiplicado por 12,7⁷. Por su parte, el obrero promedio norteamericano había pasado de las 3600 a las 1760 horas, de 2 a 12 años de escolaridad y su salario real horario se había multiplicado por 29,4. Estas transformaciones no significan que el capital haya disminuido su capacidad para valorizarse. Por el contrario, como es inherente a la transformación del proceso de trabajo regida por la producción de plusvalía relativa, el obrero moderno trabaja gratis para el capital una proporción mayor de su jornada de trabajo que lo que hacía el obrero de principios del siglo diecinueve: en Estados Unidos, la plusvalía neta pasó de corresponder a un 5% de la jornada de trabajo en 1820, a corresponder al 36% en 1973⁸.

4. Pericia manual en el sistema de la maquinaria y poder político obrero

Más allá de las condiciones vistas hasta aquí, la porción de la clase obrera de subjetividad productiva en retroceso sacaba fuerza política de una base técnica históricamente específica para imponerle al capital su reproducción relativamente indiferenciada con la de subjetividad en expansión. Por mucho que se hubiera desarrollado el sistema de la maquinaria, la pericia manual del obrero seguía interviniendo en el propio corazón de la producción basada en él, o sea, en la producción de la maquinaria misma. El capital no había logrado aún liberar su valorización de ella. La calibración de la máquina para la producción mecánica en serie seguía siendo un atributo inherente a la pericia manual del obrero. Este se

⁷ Basado en datos de: Maddison, Angus, *Dynamic Forces in Capitalist Development*, Oxford University Press, Oxford, 1991; Marx, Carlos, *op. cit.*; Mitchell, Brian, *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge University Press, Glasgow, 1962; Office for National Statistics, *Labour Force Survey*; Bureau of Economic Analysis, *National Income and Product Accounts. Historical Statistics, Colonial Times to 1970*, Snyder, Thomas (ed), 1993; NCES, *120 Years of American Education: A Statistical Portrait*.

⁸ Elaboración propia sobre la base de Bureau of Economic Analysis, *National Income and Product Accounts. Historical Statistics, Colonial Times to 1970*, Snyder, Thomas (ed), 1993; Bureau of Labor Statistics. La relación plusvalía neta sobre salario pasó de ser el 5% a ser el 73%. No se trata simplemente de la tasa de plusvalía, ya que el numerador no incluye la plusvalía utilizada para pagar los gastos de circulación, mientras que el denominador incluye la porción de la plusvalía gastada en salarios para la circulación. Por lo tanto, la tasa de plusvalía no sólo es mayor al indicador construido en base a los datos disponibles, sino que ha crecido aceleradamente respecto de éste.

convertía en apéndice de la máquina recién al iniciar la producción en serie misma. El proceso de montaje seguía estando subordinado a la pericia manual del obrero, por más que esta pericia se hubiera degradado a la más absoluta simplificación del movimiento de cada obrero a través de la división manufacturera del trabajo. La línea de montaje no era aún una verdadera máquina. Su motorización podía imponer el ritmo de trabajo a los obreros que se distribuían a su largo. Pero seguía careciendo del elemento que define a la maquinaria como tal, o sea, la transformación de la herramienta en una parte suya. Por el contrario, en la línea de montaje, la herramienta seguía estando regida por la unidad ojo-cerebro-mano del obrero que la ponía en acción.

Al mismo tiempo, la escala alcanzada por la acumulación de capital ponía a estos obreros a trabajar juntos en grandes masas. Y las mismas condiciones materiales de su proceso de trabajo, vacío de contenido y controlado de manera abiertamente coactiva, los hacía enfrentarse inmediatamente al capital como a una potencia antagónica enajenada. Esta suma de condiciones le daba sin más, a la porción en cuestión de la clase obrera, la conciencia de ser tal. De modo que la mediación directa de su subjetividad en la producción de la maquinaria se transformaba, en sus manos, en un arma particularmente potente para enfrentarse a la burguesía en la lucha de clases por la realización del valor de su fuerza de trabajo. Y tras de ella arrastraba a las condiciones de reproducción del resto de la fuerza de trabajo que compartía sus atributos productivos aunque ocupando un lugar menos central en la estructura productiva general de la gran industria. Pero, como no podía ser de otro modo, esta potencia alcanzó su punto culminante en el momento en que el capital había desarrollado las bases materiales para contrarrestarla.

De manera violentamente visible a partir de mediados de la década de 1970, la computarización del proceso de ajuste de la maquinaria y la robotización de la línea de montaje -convertida finalmente en una máquina ella misma- revolucionan la materialidad de la producción de la maquinaria. Con lo cual revolucionan las condiciones generales de la acumulación de capital mediante el sistema de la maquinaria. La subjetividad productiva basada en la pericia manual del obrero comienza a ser expulsada de la producción de la maquinaria. Si permanece en ella es sólo para caer un escalón más en su degradación como apéndice de la maquinaria. Por el contrario, el capital necesita multiplicar el desarrollo de la subjetividad capaz de avanzar en el control productivo de las fuerzas naturales. Este control ha dado un paso más como la única fuente capaz de incrementar la productividad del trabajo y, en consecuencia, de producir plusvalía relativa.

El capital despoja así a la primera porción de la clase obrera de la fuente específica de su poder político. Al mismo tiempo necesita producir a la segunda porción con una capacidad expandida para realizar trabajo complejo. Por ambas puntas el capital ha aliviado su necesidad de producir las dos porciones en condiciones relativamente indiferenciadas. Más aún, necesita abaratar a una, extender su jornada de trabajo y acortar su tiempo de formación de manera brutal, mientras que necesita llevar a la otra por el camino opuesto. Con todo, el capital no puede divorciarse de las condiciones de reproducción y explotación de las dos porciones de la clase obrera de un saqueo. No en vano llegan hasta este punto de ruptura como resultado de compartir una misma historia: la de su producción como una fuerza de trabajo relativamente indiferenciada a través de la acción del estado nacional que integra a los miembros de ambas porciones como ciudadanos portadores de los mismos derechos. Parecería que la forma nacional de la acumulación de capital levanta una barrera a ésta. Sin embargo, esa misma forma lleva la solución consigo.

5. Superpoblación obrera latente y subjetividad productiva degradada barata

Fuera de los países clásicos, una porción creciente del campesinado -e incluso de cazadores-recolectores- se ha visto progresivamente expulsada de la producción. Su fuerza de trabajo ha sido desplazada por el uso de la maquinaria. Ha pasado así a la condición de superpoblación obrera latente. Su reproducción biológica ha pasado a estar regida del modo correspondiente: en países como India y China, la tasa de crecimiento de la población ha pasado del 0,4-0,5% anual durante el período 1870-1913, al 2,1% para el período 1950-73⁹.

La separación internacional entre la población obrera que permanece en activo y la que va siendo convertida masivamente en sobrante no es accidental. Brota necesariamente de la realización del contenido mundial de la acumulación de capital bajo la forma de procesos nacionales de acumulación mutuamente independientes. Pero sobre ella se monta la apologética del capitalismo para invertir la determinación. Lo hace presentando a la acumulación de capital como si fuera un proceso nacional por su esencia, y no por su mera forma. Así, la expansión de la superpoblación obrera hasta caracterizar a un país -producto del pleno desarrollo de la esencia mundial de la acumulación- se presenta invertida como si fuera

⁹ Maddison, Angus, *La economía mundial 1820-1992. Análisis y estadísticas*, OCDE, París, 1997, p. 145.

consecuencia de la insuficiencia nacional de ese desarrollo. Es decir, como si fuera el resultado del “subdesarrollo” del capitalismo en esos países.

La acumulación de capital ha producido a esta superpoblación obrera latente. Y la ha recortado a su vez por la condición de sus miembros como ciudadanos de países políticamente independientes respecto de aquellos en los que la misma acumulación se ha basado hasta el momento en la realización interna completa de la generalidad de los procesos productivos de la gran industria. Esto es, la forma nacional de la acumulación mundial de capital ha fragmentado políticamente a la superpoblación obrera respecto de la población obrera en activo en los países clásicos. Sobre la base de esta fragmentación política de la clase obrera, el capital comienza a quebrar la barrera que le opone la historia de universalidad productiva relativa conquistada para sí por los obreros de la gran industria en los países clásicos. Lo hace recortando técnicamente los procesos de producción siguiendo las fronteras nacionales. Las porciones de los procesos productivos en que predomina la subjetividad productiva en expansión tienden a quedar de un lado de la frontera. Del otro lado, la superpoblación obrera latente se transforma en fuerza de trabajo en activo. Pero en una que, básicamente, realiza las tareas que requieren una subjetividad productiva rebajada a la simplificación absoluta del trabajo como apéndice de la maquinaria y órgano parcial en la división manufacturera del trabajo¹⁰. Las condiciones en que esta segunda porción de la clase obrera va a ser explotada no son ya una cuestión que le incumba al estado nacional en donde el capital reproduce y explota a la primera porción. Ahora, es un problema de los ciudadanos de “otro país”.

De la superpoblación latente que el capital ha generado más allá de las fronteras de los países clásicos, la del sudeste asiático le resulta particularmente apta para ser transformada masivamente en la nueva fuerza de trabajo de subjetividad degradada para funcionar como apéndice de la maquinaria y en la moderna manufactura. Esta superpoblación latente está formada por antiguos campesinos libres, pero sometidos a férrea explotación mediante un sistema tributario y rentístico fuertemente estructurado. Esta modalidad de explotación tiene su base material general en la importante presencia de la agricultura bajo riego organizada en gran escala. De modo que se trata de campesinos acostumbrados a un trabajo intenso,

¹⁰ Fröbel, Folker, Jurgén Heinrichs y Otto Kreye, *The new international division of labour: Structural unemployment in industrialised countries and industrialisation in developing countries*, Cambridge University Press, London, 1980. Sin embargo, el etiquetado de esta separación como una cuestión de “centro” y “periferia” oscurece su verdadero contenido, que brota de la diferenciación de la subjetividad productiva. La así llamada fuerza de trabajo periférica es tan central a la acumulación de capital actual como la que más.

colectivo y disciplinado, realizado bajo su propia responsabilidad inmediata de individuos libres, pero jerárquicamente regido de manera general.

De hecho, la división internacional del trabajo en base al tipo dominante de subjetividad productiva en cada país comienza a basarse sobre los atributos históricos de la población campesina del sudeste asiático aun antes de que la automatización del proceso de producción alcanzara el desarrollo suficiente como para imponerla¹¹. En Japón, el proceso nacional de acumulación de capital ha manifestado contar con una potencialidad específica que brota de dichos atributos históricos, desde antes de mediados del siglo XX. Para ese entonces se imponía aún la reproducción relativamente indiferenciada de la fuerza de trabajo nacional, cualquiera fuera su subjetividad productiva específica. Pero aquí es donde entra el particular origen de la fuerza de trabajo japonesa. A diferencia de lo que ocurría en Europa y los Estados Unidos, la universalidad en las condiciones de reproducción de la clase obrera nacional no tendía a verse arrastrada por la necesidad de producir la subjetividad productiva en expansión. Por el contrario, ésta podía producirse aún bajo condiciones que correspondían simplemente a la reproducción de la subjetividad productiva en retroceso. Esta determinación se ve reforzada por el desastre bélico.

Sobre esta base, el trabajo simple comienza ya a desplazarse desde los países clásicos hacia el Japón en la década de 1950. Pero no se trata aún de la porción de trabajo simple aplicado a la producción de la maquinaria misma. Todavía no se ha desarrollado la base material que diluye la fuerza política de los obreros que realizan este trabajo en los países clásicos. El desplazamiento sólo puede comenzar por un tipo de producción donde domine la pericia manual del obrero, tanto de manera simple como ejerciendo el control de la maquinaria, pero que no resulte esencial para el desarrollo general de la fuerza productiva del trabajo en la gran industria. Japón se convierte así en el centro productor de indumentaria y calzado para el mercado mundial. Hacia 1955, el capital encuentra allí una fuerza de trabajo que le cuesta por hora el 10% de la norteamericana¹².

¹¹ Se ha discutido si se trata de que los capitales sociales de los países clásicos han impuesto una nueva división internacional del trabajo o si se trata de que los capitales sociales de los “nuevos países industriales” se han impuesto por sí en el mercado mundial (Jenkins, Rhys “Divisions over the international division of labour”, *Capital & Class*, 22, 1984, pp. 28-57). Ambos puntos de vista invierten las formas necesariamente nacionales por medio de las cuales la unidad genérica global de la acumulación de capital rige la producción social, presentándolas como la unidad misma de la acumulación.

¹² Esta y el resto de las comparaciones internacionales de costo laboral horario se basan sobre datos del Bureau of Labor Statistics.

Pero la producción japonesa va a dar un vuelco clave sobre la base de que, para automatizar la calibración de la maquinaria y robotizar la línea de montaje, hay que empezar por montar manualmente los componentes electrónicos portadores de la automatización. Y este nuevo proceso de montaje recién puede convertirse, él mismo en un proceso automatizado, como resultado de su propio desarrollo. Esta circunstancia parecería contrarrestar el debilitamiento político de la porción de la clase obrera a cargo del trabajo simplificado de montaje. Pero el montaje de los componentes microelectrónicos es una tarea esencialmente nueva. Por lo tanto, en los países clásicos donde ha comenzado a realizarse el trabajo complejo de investigación y desarrollo, no se ha consolidado aún un obrero colectivo que amalgame esta primera fase del nuevo proceso productivo con el trabajo simple de montaje. A su vez, las clases obreras de los países clásicos podrían desarrollar su fuerza política si se constituyera en dichos países este nuevo obrero colectivo. Pero esta constitución les aparece como una decisión propia del capital. En consecuencia, enfrentan de hecho a la posible expansión de su fuerza política como a una potencialidad que les es ajena. El capital no necesita pues empezar por derrotar la unidad nacional del obrero colectivo en cuestión. Le basta con poner el proceso de montaje de los componentes microelectrónicos en manos de la fuerza de trabajo japonesa de subjetividad productiva degradada, relativamente barata dada su historia específica. Más aún, esta baratura relativa también alcanza en Japón a la fuerza de trabajo de subjetividad productiva desarrollada. El capital pone entonces a ésta a realizar el trabajo de investigación y desarrollo que completa la tarea del nuevo obrero colectivo de la microelectrónica aplicada.

Llegamos así a mediados de la década de 1970. El capital ha constituido al obrero colectivo a cargo de automatizar el ajuste de la maquinaria y su montaje como un sujeto fragmentado por una primera división internacional que recorta la subjetividad productiva de sus miembros¹³. Sobre la misma base, el capital también ha fragmentado internacionalmente al obrero colectivo a cargo de la producción de la maquinaria misma. La subjetividad productiva de los obreros que aportaban su pericia manual al calibrado y al montaje de la maquinaria ha perdido su intervención crítica en la producción del sistema de la maquinaria. En cuanto el capital sigue necesitando de ella -y la misma automatización multiplica esta necesidad al simplificar tareas existentes y crear otras nuevas igualmente simples- tiende a ser ejercida por obreros producidos en las condiciones que estrictamente corresponden a sus atributos específicos.

¹³ Jang-Sup Shin, *The Economics of the Latecomers*, Routledge, London, 1996.

6. La fragmentación de la clase obrera al interior de los países clásicos

Mientras la acumulación de capital florece en Japón, en los países en donde venía tomando su forma nacional clásica estalla la crisis de superproducción. El antiguo capital fijo materializado en la maquinaria e instalaciones no puede sostener ya el proceso de valorización. Y no sólo por una cuestión de obsolescencia técnica. Tampoco puede hacerlo por estar localizado en países donde el valor de la fuerza de trabajo corresponde a su reproducción con los atributos materiales y morales relativamente universales que tienden al desarrollo general de su subjetividad productiva.

La crisis arroja a los obreros que trabajaban en las condiciones ahora obsoletas al ejército industrial de reserva. La magnitud que alcanza esta expulsión le permite a la burguesía quebrar la unidad de la clase obrera en el proceso de la determinación del valor de su fuerza de trabajo. La tendencia hacia la universalidad relativa con que se reproducían las fuerzas de trabajo de subjetividad degradada y expandida deja lugar a una creciente diferenciación. Dicha tendencia tomaba necesariamente forma en el avance de la acción gremial y de la acción política de la clase obrera sobre la burguesía. Este avance se expresaba luego a través de la acción directa del estado nacional que alcanzaba a los portadores de distintas fuerzas de trabajo en tanto ciudadanos con iguales derechos. La reversión hacia la diferenciación relativa toma, con igual necesidad, las formas políticas y gremiales opuestas.

La fuerza sindical retrocede, impotente ante las embestidas del capital sobre la duración de la jornada, la seguridad e higiene del trabajo, etc. Estas embestidas se centran en las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo de subjetividad degradada. Pero, por supuesto, el capital tampoco pierde la oportunidad que le da el aumento del ejército industrial de reserva para avanzar intensificando las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo de subjetividad expandida. Ilustremos la evolución con datos correspondientes a los Estados Unidos. El salario real industrial semanal promedio sube sostenidamente hasta 1973. A partir de entonces entra en una tendencia decreciente, hasta alcanzar una caída del 10% en 1990, estabilizándose alrededor de este nivel desde entonces. Para 2004, este salario promedio equivale al 98% del nivel que tenía durante la crisis de 1975. Pero el salario real correspondiente a las actividades profesionales y técnicas dentro de la industrial ha crecido un 11% desde entonces. En 1990, el salario horario correspondiente al trabajo complejo de

investigación e ingeniería era 2,5 veces el correspondiente al del obrero de la industria del vestido; para 2004, la relación se ha ampliado a 2,8¹⁴.

El retroceso del capital social respecto de la reproducción del obrero de la gran industria como un sujeto de atributos productivos relativamente universales se manifiesta de un modo específico en la derrota política de la clase obrera. Crisis mediante, el estado nacional avanza sobre los que aparecían como los derechos iguales de sus ciudadanos, imponiendo a la capacidad individual de pago como nueva expresión de los mismos. La reversión hacia la diferenciación en las condiciones de reproducción de los distintos fragmentos de la clase obrera nacional se realiza mediante la privatización de los servicios públicos¹⁵ y la reducción del gasto público en salud, educación, desempleo, etc. Si la acumulación de capital aparecía hasta entonces sujeta a la “intervención” del así llamado “estado benefactor”, su representación política general aparece ahora como un atributo naturalmente inherente al “estado neoliberal” adorador del “mercado”. Ahora, cada obrero tiende a reproducir su fuerza de trabajo en base al salario que individualmente corresponde a su tipo específico de subjetividad productiva.

El capital social de Europa Occidental y los Estados Unidos ha introducido así la diferenciación en las condiciones de reproducción y explotación de la fuerza de trabajo al interior de sus propias fronteras nacionales. Es decir, ha quebrado la unidad de las respectivas clases obreras nacionales hasta el punto de profundizar esa diferenciación al interior de éstas aun en tanto sus miembros están determinados como ciudadanos iguales del mismo estado nacional. Sin embargo, el capital social necesita avanzar más profundamente aún en el deterioro de las condiciones de reproducción de los obreros de subjetividad productiva degradada al interior de los ámbitos nacionales en donde prevalecen los obreros de subjetividad productiva más desarrollada. Para alcanzar este grado de diferenciación necesita transplantar al interior del mismo ámbito nacional la separación entre los dos tipos de obrero en base a su determinación como ciudadanos pertenecientes a distintos estados nacionales.

En Europa, esta integración diferenciada se desarrolla a través de la formación gradual de un nuevo ámbito nacional de acumulación -y por lo tanto de un nuevo estado nacional- que parte de integrar varios ámbitos nacionales anteriormente autónomos en una organización supranacional. La Unión Europea abarca clases obreras nacionales con distintas historias respecto del desarrollo de su subjetividad productiva y, por lo tanto, respecto de las

¹⁴ Elaboración propia sobre datos del Bureau of Labor Statistics.

¹⁵ Determinada al mismo tiempo por la centralización del capital por encima de los ámbitos nacionales.

condiciones en que reproducen su vida. Bajo la forma política concreta de la extensión de la igualdad entre sus ciudadanos, unos países de la unión se convierten en proveedores de fuerza de trabajo relativamente barata para el capital localizado en otros.

En los Estados Unidos, el capital no enfrenta a la magnitud del mercado interno como límite inmediato a su acumulación. La integración productiva directa de fuerzas de trabajo nacionales con distintas historias en el desarrollo de su subjetividad productiva se expande sin necesidad de disolver las fronteras nacionales. Lo hace localizando cada etapa del proceso productivo de uno y otro lado de la frontera geográficamente común, mediante acuerdos regionales de libre comercio. Cuando un proceso de trabajo requiere de una subjetividad productiva tan degradada como para que su producción se abarate separándola nacionalmente de las condiciones generales de reproducción de la fuerza de trabajo en los Estados Unidos, aun habiéndose abierto la brecha dentro de éstas, México se convierte en la localización óptima mediante el NAFTA.

La integración diferenciada dentro de Europa Occidental y los Estados Unidos de los dos tipos de subjetividad productiva en base a las distintas historias nacionales de las respectivas fuerzas de trabajo no termina aquí. La inmigración es su forma acabada. La inmigración reproduce las fronteras nacionales como una diferenciación de ciudadanía al interior de la clase obrera explotada por el capital en un mismo país. Por su medio, el capital traslada una superpoblación latente en su país de origen, al país donde la necesita como fuerza de trabajo portadora de una subjetividad productiva degradada que complementa a la local, reproducida principalmente como portadora de la subjetividad productiva expandida. Lejos de actuar como un factor de igualación entre las condiciones de reproducción de una y otra fuerza de trabajo dentro de un mismo país, la ciudadanía se levanta así como un justificativo para la desigualdad. Las condiciones miserables de reproducción de la fuerza de trabajo inmigrante en comparación con las de la nacional presentan la apariencia política de no ser una cuestión que concierna al estado nacional de destino. No se trata de sus ciudadanos. El capital social de los países de destino satisface su necesidad de extremar esa diferenciación recurriendo a la doble política de la inmigración ilegal masiva. Por una parte, el estado nacional prohíbe legalmente el ingreso de los inmigrantes. Por la otra, la acción práctica del estado convierte a esa prohibición en un colador cuidadosamente calibrado como para que nunca falte internamente la correspondiente masa de fuerza de trabajo. Las condiciones en que ésta es explotada se encuentran específicamente determinadas por su carácter de ilegal. Al mismo tiempo, el racismo, la xenofobia, la religión, etc. se desarrollan como formas concretas

necesarias de reproducir de manera diferenciada las dos subjetividades productivas en un mismo país.

Estas transformaciones no tienen modo de caber en el capital absolutamente centralizado como propiedad de la clase obrera al interior de la URSS. Este capital no puede desprender fragmentos de sí para ponerlos a valorizar en otros países sin chocar violentamente con la apariencia -necesaria para su valorización general- de ser la superación misma de la apropiación de plusvalía. Aun internamente, esta apariencia se hubiera visto destruida por la expulsión acelerada a la condición de población sobrante que semejante desprendimiento hubiera significado para la clase obrera soviética. Por lo mismo, este capital no puede acumularse mediante la profundización de las diferencias al interior de la clase obrera que lo posee, empujando violentamente una parte de ésta a la descalificación y el pauperismo mientras que, al mismo tiempo, incrementa la masa de valores de uso recibidos por la otra parte. La concentración del capital como propiedad colectiva dentro de la URSS había potenciado al proceso nacional de acumulación hasta convertirlo en el segundo a escala mundial. Pero, ahora sucumbe frente al carácter mundial de las potencias del modo de producción capitalista. Cae entonces en un violento proceso de descentralización de capital y de fragmentación nacional.

7. Nuevas fuentes de superpoblación obrera latente

En Japón, la acumulación agota la superpoblación latente. Y cuanto más la fuerza de trabajo pasa a ser el producto de la acumulación misma, más las condiciones de reproducción del obrero individual pasan a estar regidas por los atributos que corresponden a su subjetividad productiva como integrante del obrero colectivo de la gran industria. Por lo tanto, menos pesa en esas condiciones las peculiaridades del origen campesino de la población obrera. La reproducción de la subjetividad productiva más desarrollada no puede seguir basándose en las condiciones de reproducción de la más degradada. Al mismo tiempo, la unidad nacional del proceso de acumulación impone la ampliación extensiva e intensiva de la primera subjetividad. Son entonces sus condiciones de reproducción las que tienden a arrastrar a las de la subjetividad degradada. Para 1975, el costo laboral horario en la industria equivale ya al 48% del norteamericano.

Apenas la fuerza de trabajo japonesa comienza a requerir un mayor consumo de valores de uso y una jornada de trabajo más corta para reproducir su subjetividad productiva,

o sea, a encarecerse relativamente, el capital sale a buscar una nueva fuente nacional de superpoblación latente a la cual transformar masivamente en un ejército industrial de subjetividad productiva degradada. Otra vez, la historia específica del antiguo campesinado del sudeste asiático le resulta particularmente apropiada para esta conversión. En 1975, el costo laboral horario industrial en Corea del Sur apenas alcanza al 5% del norteamericano.

Para fines de la década de 1960, los procesos de trabajo más simples, hasta entonces localizados en Japón, comienzan a desplazarse hacia Taiwan, Corea del Sur, Hong Kong y Singapur. Otra vez, las producciones de vestidos y de calzado abren la marcha. Para fines de los 70, el proceso se repite, absorbiendo el trabajo simple la superpoblación latente en Tailandia, Malasia, Filipinas e Indonesia. Esta vez, los componentes electrónicos mismos integran la vanguardia. Y todavía se presenta una incorporación posterior, que comienza a fines de los 80 y alcanza a Bangladesh, Sri Lanka, Mauricio, etc. Para el 2000, el costo laboral horario industrial en Japón supera al norteamericano en un 12%, mientras que en Corea del Sur ha alcanzado al 42% de éste, pero ahora es en Sri Lanka donde apenas alcanza al 2% del mismo. Sin embargo, lo que va a marcar un nuevo hito es la incorporación de la superpoblación latente de China como fuente barata de trabajo simple para la producción destinada al mercado mundial, desde los 90 al presente. Para el mismo año 2000, el obrero promedio en Estados Unidos y en el Reino Unido, trabajaba 1680 y 1530 horas anuales, con un costo laboral horario de u\$s 19,80 y u\$s 16,50, y tenía una educación formal de 14 y 12 años, respectivamente. El obrero chino trabajaba 3600 horas anuales en empresas no estatales, con un costo laboral horario de u\$s 0,60.

La división internacional del trabajo no se basa ya simplemente en la provisión de materias primas para los países donde la acumulación toma su forma clásica desde otros países en donde las condiciones naturales permiten una mayor productividad del trabajo. Su especificidad contemporánea está dada por la fragmentación internacional de la subjetividad productiva del obrero en la gran industria. Unos países se caracterizan por concentrar la explotación de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva expandida. Otros concentran especialmente la explotación de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva degradada.

Pero la acumulación de capital ha profundizado en la determinación de un tercer tipo de país. La multiplicación de la población obrera sobrante ha alcanzado el punto en que prácticamente países enteros se han convertido en reservorios de población obrera a la que el capital ha privado de toda subjetividad productiva, convirtiéndola en una superpoblación consolidada. Para 2001, el 77% de la población del sur de Asia y del Africa sub-sahariana reproducía su vida con el equivalente a menos de u\$s2 diarios de poder adquisitivo de paridad

base 1993 (para alcanzar la línea de pobreza en los Estados Unidos se necesitaban u\$s10), mientras que el 45% de la población mundial se encontraba en igual situación¹⁶.

En apariencia, la “globalización” del proceso de producción del capital industrial hace tabla rasa con las fronteras nacionales. En realidad, se sostiene en la acentuación de las mismas como base para abaratar la fuerza de trabajo.

8. Determinaciones específicas de la acumulación de capital en Argentina¹⁷

A primera vista, la Argentina parece un país donde el capital industrial se ha desarrollado normalmente. Se observa una marcada tendencia hacia la centralización del capital, con fuerte presencia de los capitales más concentrados del mundo. Pero estos capitales producen aquí en una escala restringida al mercado interno. De hecho, muchas fábricas locales utilizan el equipamiento que las mismas empresas han desechado por obsoleto en sus países de origen ante la expansión de la escala de producción para mercados internos sustancialmente mayores o directamente para el mercado mundial. Pero pequeña escala, y sus secuelas sobre la actualización técnica, implican menor productividad del trabajo, luego mayores costos y, así, la imposibilidad de valorizar el capital a la tasa general de ganancia. La presencia de los capitales más concentrados del mundo, pero que producen en la pequeña escala del mercado interno, ha caracterizado a la industria argentina durante los últimos cincuenta años. Por lo tanto, aquí debe existir un flujo de riqueza social adicional a la plusvalía extraída directamente por dichos capitales, que los compense por los mayores costos originados por la escala restringida.

La presencia masiva de pequeños capitales locales ha sido otro de los rasgos específicos del proceso argentino de acumulación. Si el precio de producción de sus mercancías se ubica por encima del que corresponde a su capacidad de valorización normal concreta (regida básicamente por la tasa de interés), la plusvalía excedente pasa como ganancia extraordinaria a los capitales más concentrados que se vinculan con ellos en la

¹⁶ Elaboración propia sobre datos de Naciones Unidas, Banco Mundial y US Census Bureau.

¹⁷ Para un desarrollo más amplio de esta especificidad, ver Iñigo Carrera, Juan, “La acumulación de capital en la Argentina”, Documento de Trabajo del CICP, 1998.

circulación¹⁸. Esta ganancia extraordinaria constituye la primera fuente de compensación para los capitales medios que operan en el país con una escala restringida.

Pero la fuente esencial de compensación la constituye la renta diferencial de la tierra agraria pampeana (en el último cuarto de siglo se ha sumado, con magnitud significativa, la de las tierras con petróleo, gas y fuentes de energía hidroeléctrica). La asociación en la apropiación de la renta entre los terratenientes y el capital industrial concentrado en la escala requerida para competir en el mercado mundial pero que aquí opera como un capital de escala restringida, es la base sobre la que se ha levantado la especificidad actual del proceso argentino de acumulación de capital.

El desarrollo del ámbito nacional como un espacio para la acumulación de los capitales normalmente concentrados a escala mundial pero que desprenden fragmentos restringidos para ponerlos a valorizar aquí, tenía por condición la presencia masiva del pequeño capital. Esta presencia da al mercado interno el tamaño mínimo necesario y se constituye en una de las fuentes de compensación de la escala específicamente restringida de dichos fragmentos. Históricamente, entonces, el desarrollo de la especificidad actual de la acumulación de capital en la Argentina pasó por la transformación general de la renta de la tierra en una masa de pequeños capitales nacionales. Esta expansión del pequeño capital no sólo absorbió a la población obrera ya en activo sino que la multiplicó en masa, alcanzando su punto culminante en la segunda mitad de la década de 1940.

De allí en más, la reproducción inmediata de la clase obrera argentina como una población obrera en activo y la de la pequeña burguesía nacional como tal, quedó ligada a la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación. Y esta reproducción no engendró sino la entrada masiva de los capitales concentrados de manera normal a escala mundial pero que operan específicamente fragmentados dentro del país, a partir de la década de 1950. Por lo tanto, dentro del país sólo tienen cabida capitales industriales que operan con escalas ya superadas a nivel mundial por el desarrollo de la productividad del trabajo.

Sin embargo, la multiplicación de la producción industrial interna como base para participar en la apropiación de la renta de la tierra agraria, hizo que esta producción se extendiera hasta abarcar la generalidad de las mercancías que abastecían el consumo interno. De modo que, este proceso nacional de acumulación de capital, cuyo verdadero contenido residía en liberar a los capitales industriales de su necesidad genérica de desarrollar las

¹⁸ Iñigo Carrera, Juan, *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003, capítulo 5.

fuerzas productivas del trabajo social mediante la multiplicación de su productividad, se desarrolló presentando la apariencia de ser simplemente una reproducción en menor escala de las economías nacionales clásicas.

Aunque por la escala restringida, las condiciones técnicas estuvieran siempre un paso más atrás que en los países clásicos, el desarrollo de la universalidad de la producción industrial nacional se correspondió con la producción de una fuerza de trabajo nacional de atributos correspondientemente universales. Para 1950, el poder adquisitivo interno del salario medio industrial por hora equivalía a un 90% del norteamericano, y en 1970 esta relación alcanzaba aún al 72%¹⁹. En 1950, la cantidad de horas semanales trabajadas por obrero en la industria era prácticamente igual, 42 en Argentina y 41 en Estados Unidos²⁰.

La relativa universalidad en las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo nacional toma las formas concretas ya vistas para los países clásicos: desarrollo público de la educación, la salud, el transporte, etc. y la fuerza política y sindical del movimiento obrero.

Pero la fase siguiente va a poner de manifiesto crudamente la diferencia de contenido. La transformación en las condiciones de acumulación en la Argentina no van a ser expresión simple del proceso de diferenciación internacional entre la fuerza de trabajo que realiza el trabajo cada vez más complejo y la que realiza el trabajo crecientemente simplificado.

La concentración y centralización interna del capital no pueden evitar que se profundice la brecha entre la productividad del trabajo acotada por el tamaño del mercado interno y la que corresponde a la producción para el mercado mundial. A su vez, la posibilidad de convertir lo que ya no sirve como capital por haberse convertido en chatarra para la escala del mercado mundial, en un capital flamante capaz de valorizarse, incluso de manera extraordinaria, operando en la Argentina para el mercado interno, multiplica los aspirantes a participar en la apropiación de la renta de la tierra y la plusvalía liberada por los pequeños capitales. De modo que la reproducción de la acumulación de capital sobre su base específica requiere la ampliación continua de estas fuentes de compensación.

Sin embargo, la misma especificidad de la economía argentina se manifiesta, respecto de la centralización del capital, en cuanto ésta tiende a liquidar a los pequeños capitales, estrangulando la plusvalía que liberan a favor de los capitales más concentrados. Y, por sobre todo, la renta de la tierra agraria se va contrayendo gradualmente a nivel mundial, a partir de su pico de los años 73/74. Con la renta de la tierra en descenso y el requerimiento por ella en

¹⁹ Elaboración propia sobre datos de INDEC, Bureau of Labor Statistics y Banco Mundial.

²⁰ Elaboración propia sobre datos de CNDEC, Departamento de Trabajo y Bureau of Labor Statistics.

ascenso, la escala de la acumulación argentina de capital ve desgastarse su base específica, entrando en la misma pendiente. Lo cual no hace sino encoger más aún la ganancia liberada por los pequeños capitales y multiplicar la separación entre la escala del mercado interno y el mundial. Se agudiza así el estancamiento y contracción de la economía nacional.

El resultado de este proceso puede resumirse en un dato: para el año 2004, después de dos años de vigoroso crecimiento, el valor total del PBI expresado en una unidad monetaria de poder adquisitivo constante ha recuperado el nivel que tenía treinta años atrás, o sea, en 1974. En términos internacionales esto quiere decir que en 1974 bastaban 30 Argentinas para sumar el poder adquisitivo de un Estados Unidos; en 2004 hacen falta 60.

Sin embargo, lejos de haberse estancado o retrocedido, la masa de plusvalía apropiada por capitalistas y terratenientes no ha cesado de crecer: subió un 50% entre 1974 y 2004, diez puntos de los cuales se generaron en plena “emergencia económica” del período 2002-04. ¿Cuál ha sido la fuente específica de esta multiplicación?

Volvamos a nuestro punto de partida. Hasta mediados de los 70, la expansión de la demanda de trabajo absorbía el crecimiento de la población obrera. Pero, en cuanto la escala de la economía Argentina choca contra su límite específico, la acumulación de capital comienza a generar una superpoblación obrera relativa creciente. Y, sobre la base de esta superpoblación relativa, el salario real pasa a tener una tendencia marcadamente decreciente. En 1974, cuando el salario industrial correspondía aún a la reproducción de la fuerza de trabajo con atributos productivos relativamente universales tanto en Estados Unidos como en la Argentina, cada uno sobre la base correspondiente, el argentino tenía un poder adquisitivo interno equivalente al 80% del norteamericano. Por lo tanto, su nivel se encontraba, en el mejor de los casos, en el correspondiente al valor de la fuerza de trabajo. En el promedio de la década del 80, el poder adquisitivo del salario argentino cayó al 62% del norteamericano; en la década del 90, al 47%; en lo que va de la década del 2000, al 42%. El pago de la fuerza de trabajo sustancialmente por debajo de su valor pasa a convertirse en el factor clave de compensación para los capitales que operan internamente, sobre el cual se sostiene la acumulación de capital en la Argentina.

Las políticas del “estado benefactor” tenían como contenido específico en la Argentina la constitución de este tipo de proceso nacional de acumulación de capital. Las políticas neoliberales tienen como determinación específica la reproducción del mismo sobre la base de la multiplicación de la población obrera sobrante. Antes de tener como eje la diferenciación entre las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo compleja y la simple, son aquí la

forma concreta necesaria de la conversión de una porción creciente de la clase obrera argentina en sobrante estancada y consolidada para el capital.

Surge, entonces, la pregunta acerca del grado en que el capital ha convertido a la fuerza de trabajo argentina en sobrante para su reproducción normal. La primera manifestación obvia la constituye la tasa de desempleo. En el período 74/79, la tasa de desempleo era del 3,6% de la PEA; durante los 80, del 6,0%; durante los 90, del 14,7%, durante lo que va de la del 2000, del 16,4%²¹. La tasa de subempleo ha sido del 4,7%, 7,7%, 12,7% y 15,8%, respectivamente. Esto implica que la población sobrante inmediatamente manifiesta como tal alcanza en la década del 2000 a un tercio de la oferta de fuerza de trabajo. A esta proporción hay que sumarle la población obrera que ha desistido de la búsqueda de empleo dada la imposibilidad de conseguirlo. Pero ¿qué ocurre con la población obrera que escapa a la desocupación y la subocupación? Vende su fuerza de trabajo a un salario que, cuando mucho, cubre sólo la mitad del valor de su fuerza de trabajo. Por lo tanto, sólo puede vender su fuerza de trabajo en condiciones que no permiten la reproducción normal de la misma. Se encuentra estancada en la condición de sobrante para las necesidades del capital, que sólo la compra a condición de pagarla por debajo de su valor. En promedio, la totalidad de la población obrera argentina ha sido convertida por el capital en sobrante para el ejercicio de su propia relación social general. De ahí que buena parte del sistema educativo público haya dejado de ser el lugar donde la futura fuerza de trabajo va a desarrollar sus atributos productivos, con sus necesidades de alimentación cubierta por el salario de sus padres, para pasar a ser el lugar donde va a alimentarse para poder sobrevivir de manera inmediata, porque, ya condenada como sobrante por el capital, el salario de sus padres no incluye siquiera su mera reproducción biológica. Al mismo tiempo, la licuación absoluta de los fondos jubilatorios y la multiplicación del trabajo en negro hacen evidente que el capital no tiene necesidad de reproducir las aptitudes productivas de la fuerza de trabajo que ya tiene en uso.

Con semejante caída del salario, el costo laboral horario industrial ha caído, en términos internacionales, por debajo del de Corea del Sur. Ya en 2001, antes de la devaluación, el costo laboral horario era en la Argentina de u\$s 5,60²² frente a los u\$s 7,80 de Corea. Devaluación mediante, dicho costo ha pasado a ser de u\$s 2,30 en 2003, contra los u\$s

²¹ Considerando a los perceptores del “Plan jefas y jefes de hogar desocupados” como lo que el nombre del plan dice que son.

²² Elaboración propia en base a INDEC y régimen legal vigente.

12,00 alcanzados por el salario coreano. Sin embargo, los capitales que por su concentración mundial estarían en condiciones de producir desde el país en la escala correspondiente al mercado mundial sobre la simple base de la baratura de la fuerza de trabajo, no muestran ningún interés en hacerlo. Ocurre que así perderían las ventajas provistas por la especificidad nacional actual. Dejarían de contar con un proceso nacional de acumulación que les permite convertir su chatarra en capital que puede valorizarse, incluso, a una tasa extraordinaria de ganancia. Sólo ante el agotamiento absoluto de esta fuente de valorización que los libera de los costos implicados por el desarrollo de las fuerzas productivas, los capitales en cuestión podrían tener interés en convertir a sus fragmentos locales en masas concentradas en dicha escala. Fuerza de trabajo barata pueden encontrar en muchos lados; acumularse a contrapelo de su papel histórico en la magnitud con que lo hacen en la Argentina, no.

9. Fragmentación nacional e internacionalismo obrero

La automatización de la maquinaria y la robotización del montaje son dos expresiones genuinas de las potencias históricas específicas del trabajo regido por el capital. Implican un salto adelante substancial en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo la forma material inherente a la razón histórica específica de existir del modo de producción capitalista; esto es, por medio de la transformación del proceso de producción en uno consistente en desarrollar colectivamente el control consciente sobre las fuerzas naturales para hacerlas actuar transformando a los objetos. Pero al ser un producto del trabajo social enajenado como una potencia del capital, ese salto adelante se vuelve contra su propia productora, la clase obrera. En base a él, el capital actúa contra su tendencia histórica hacia la universalización de las condiciones en que reproduce a los obreros de la gran industria. Lo hace mediante la fragmentación internacional del obrero colectivo de la gran industria, de modo de asociar las diferentes subjetividades productivas de sus órganos especializados con las diferentes condiciones históricas de reproducción de cada fuerza de trabajo nacional.

Sobre esta base, el capital gasta en reproducir la fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva degrada sólo lo que es específicamente necesario para reproducirla como tal. El capital aumenta así la tasa de plusvalía. Pero este aumento no proviene de haber desarrollado la productividad del trabajo y, por lo tanto, las fuerzas productivas sociales. Por el contrario, proviene de haber degradado las condiciones de reproducción de una porción del obrero colectivo bajo su mando, abaratando su fuerza de trabajo. Para peor, cuanto más barata es la

fuerza de trabajo, mayor es el salto que debe dar la productividad del trabajo antes de que la maquinaria que la sostiene pueda ser incorporada a la producción. De modo que dicho abaratamiento retrasa el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. A cambio, podría parecer que el mismo abaratamiento, más aún al retardar la maquinización, ha resultado en una mayor demanda de trabajo. Sin embargo, ha multiplicado la superpoblación obrera, avanzando en la consolidación del pauperismo y mutilando el aporte de masas humanas enteras del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Con la mediación de la especificidad vista, este es el lugar que la fragmentación internacional del proceso de acumulación de capital asigna a la clase obrera argentina.

Mediante la forma nacional que toma su acumulación, el capital divide a la clase obrera en fragmentos que se enfrentan entre sí en tanto ciudadanos de diferentes estados nacionales. Esta división es la forma política específica mediante la cual el capital separa las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo según la subjetividad productiva con que la requiere. Más aún, el capital se beneficia con la exacerbada competencia internacional que impone entre los fragmentos nacionales de la clase obrera a través de esa diferenciación. Esta forma tomada por el capitalismo contemporáneo impone una tarea específica al internacionalismo de la clase obrera.

No basta ya con establecer una solidaridad internacional entre los fragmentos nacionales de la clase obrera de modo de no competir unos contra otros por la venta de sus fuerzas de trabajo a través de su ligazón a la competencia establecida por sus respectivos capitales nacionales en el mercado mundial. Se trata ahora de forzar al capital a reproducir la fuerza de trabajo sobre una misma base universal, cualquiera sea su subjetividad productiva. El capital no puede liberarse de reproducir la porción de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva desarrollada pagándola por su valor. Por lo tanto, una base universal implica que este valor tendería a ser el general. La consecuente carestía de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva degradada forzaría al capital a acelerar el desarrollo técnico. Con lo cual el capital se vería forzado a dejar de evadir su papel histórico específico en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. La acción política de la clase obrera necesita ubicarse, como siempre, a la vanguardia de la abolición de las fronteras nacionales.